

UN CURIOSO OBSERVADOR

Amanecía un día como cualquier otro, con el sol iluminando poco a poco cada espacio de este hermoso lugar. De pronto la tranquilidad empezó a desaparecer. Veía llegar personas de distintas edades, unas se ubicaban en las sombrillas más cercanas a la orilla de la playa, otras iban de prisa a la piscina o a hacer algún deporte y me pregunté: ¿Qué pasa? ¿A qué se debe tanto movimiento? Me percaté que muchos de mis amigos desaparecían del lugar donde estábamos descansando, huyendo hacia las peñas para dar espacio a las personas que alegre y alborotadamente iban llegando.

Pasaban las horas y el lugar se iba llenando de grupos de niños y niñas de todas las edades, de adolescentes y jóvenes que se tendían en la arena a conversar de todas sus aventuras, de personas mayores que, mirando a los jóvenes, recordaban tiempos aquellos en que venían a esta playa a pasar sus veranos felices.

¡Qué hermoso lugar! pensé. Estuve pensativo por un buen rato, hasta que algunas personas llegaron muy cerca de mí y tuve que salir de mi estado de confort y buscar otra ubicación que me permitiera seguir observando. En ese momento recién comprendí que la temporada de verano ya había iniciado y que mis días de paz y tranquilidad se verían afectados por unos meses, pero eso me llenaba de curiosidad pues, desde diferentes ángulos, podría observar a las personas que venían felices a pasar buenos momentos y aquello me emocionaba.

Me quedé observando todos los días de ese verano lo bien que las personas lo pasan en este lugar. Amanecía yo con mis amigos en esa plataforma

blanquiazul que está colocada como extensión al muelle de la playa y conforme las personas iban llegando, mis amigos y yo nos escapábamos a las peñas. Desde ahí yo buscaba una posición privilegiada que me permitiera observar durante todo el día cómo la pasaban los grupos de amigos, ya sea de niños correteando y chapoteando en el agua, de mamás que pasaban el día bajo alguna sombrilla conversando e intercambiando ideas y consejos para criar a sus hijos chicos o para guiar de la mejor manera a sus hijos adolescentes, de abuelitas y abuelitos cuidando a los más pequeños mientras sus padres estaban en el trabajo, en fin, a todos los que podía. A la hora del almuerzo llegaban hombres y mujeres vestidos con sus trajes de ejecutivo, algunos iban a sus almuerzos de trabajo o a reunirse un momento con sus familias y otros se quitaban un peso de encima al reemplazar su disfraz de ejecutivo por el traje de baño, transformándose en relajados veraneantes para disfrutar así, aunque sea un par de horas, de un baño de piscina o de mar.

Al caer la tarde, se iban desocupando las sombrillas porque se acercaba el momento de regresar a casa. Algunos se iban en sus autos, otros debían esperar que los recogieran y otros se iban al paradero del autobús. Una vez que caía la noche, mis amigos y yo sentíamos nuevamente la confianza suficiente para regresar a nuestra base blanquiazul, ubicada sobre el mar, a descansar hasta el día siguiente.

Transcurrían así los días de verano cuando de pronto ocurrió lo inesperado, estaba yo flotando en el mar y vi un objeto que se movía junto a mí que llamó mi atención. Como sigo siendo muy curioso, así mi madre me haya dicho desde pequeño insistentemente que no debo meter el pico donde no me invitan, pues... ¿qué creen?, lo metí en esa cosa, ésta pasó sobre mi cabeza y se quedó atorada

rodeando mi delgado cuello. Obviamente eso hizo que empezara a respirar con dificultad y no pudiera meter bocado alguno a mi estómago. Me desesperé y partí volando de un lado a otro, hasta que el cansancio hizo que me detenga en una peña. Estuve allí unas horas hundido en mis pensamientos, lo único que pensaba era que no podría salir de ésta. De pronto, apareció un niño de unos siete años acompañado de su abuelo, que se percató de lo que yo tenía en el cuello y dijo:

- Mira abuelo un pelícano con un collar.
- No Iñaki, no es un collar. Lo que tiene en el cuello es un deshecho plástico. Y el pobre pájaro no puede casi respirar. Vayamos por ayuda. – Dijo el abuelo.

Vi al niño y al abuelo desaparecer y minutos después volver con un caballero vestido de rojo y amarillo que quería acercarse a mí, pero yo me puse muy nervioso, abrí mis alas y me fui volando como pude hasta otra peña. Inútil fue intentar escapar pues poco después ya no podía respirar. En ese momento el hombre de rojo y amarillo me atrapó con una malla verde, desesperado intenté escapar, pero no pude. Apareció otro hombre, esta vez vestido de azul y celeste para ayudar a inmovilizarme, tenía una herramienta que yo imaginé me la clavaría en mi hermoso cuerpo, pero mi sorpresa fue que la utilizó para cortar el plástico que rodeaba mi cuello.

Me sentí libre por fin pues podía respirar nuevamente y mientras me quitaban la malla verde, antes de irme volando, escuché al abuelo decir a su nieto:

- Por eso y por mucho más, Iñaki, es muy importante mantener siempre nuestras playas y ciudad limpia, pues si no lo hacemos habrá seres vivos inocentes que pueden ser dañados por nuestro descuido. No solo debemos pensar en nosotros sino también en hacer el bien a los demás y en cuidar el medio ambiente para conservar el futuro.

Y bueno, esa fue mi experiencia este último verano en esa hermosa playa de la ciudad de Lima. Siempre me repitieron que no me acerque a las personas porque me podían hacer daño, pero esto que pasé me sirvió para aprender que, como en todas partes, siempre habrá personas buenas y personas malas. Y ahora que se va el calorcito, me toca migrar a otros lugares a buscar nuevas aventuras.

Mónica Rojas Turpaud

Lima, Perú